C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 27-28 Enero-febrero 1959

COLABORAN.—Manuel Alcántara, M.ª Victoria Atencia, Carlos Barral, Joaquín Benito de Lucas, Eladio Cabañero, Carlos Bousoño, Medardo Fraile, Joaquín Fernández, José Carlos Gallardo, Angelina Gatell, Jaime Gil de Biedma, Angel González, José Agustín Goytisolo, Manuel Mantero, Carlos Murciano, José M.ª Requena, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún, Rafael Soto, José Angel Valente.

"Telón de Ágora", de M. F. "Crítica de libros", de Jiménez Martos.

SUMARIO

Páginas

ANTE UNA PROMOCIÓN NUEVA DE POETAS, *Carlos Bousoño* 3
Dibujo de Carpe 7
CRÓNICA DE UN DÍA, *Manuel Alcántara* 8
EPITAFIO PARA UNA MUCHACHA, *M.ª Victoria Atencia* 10
APELLIDO INDUSTRIAL, *Carlos Barral* 11
SI LA INFINITA TRISTEZA, *Joaquín Benito de Lucas* 13
LOS TRENES, *Eladio Cabañero* 15
CON MI VOZ, *Joaquín Fernández* 17
EL HERMOSO TIEMPO, *José Carlos Gallardo* 18
TREGUA, *Angelina Gatell* 20
AUNQUE SEA UN INSTANTE, *Jaime Gil de Biedma* 23
DOMINGO, *Ángel González* 24
REPOSA ESPAÑA (Facsímil.) 26
Fotografía 27
POEMA AMERICANO, *José Agustín Goytisolo* ... 28
NO LLOREIS, *Manuel Mantero* 30
DIOS ENCONTRADO, *Carlos Murciano* 31
CRÓNICA DEL PARAÍSO, *José M.ª Requena* 33
FRAGMENTO, *Claudio Rodríguez* 35
POEMA EXCLUÍDO, *Carlos Sahagún* 38
DECLÁRAME TÚ, *Rafael Soto Vergés* 39
EL SAPO, *José Ángel Valente* 41
LA HUELLA, *Medardo Fraile* 42
TELÓN DE ÁGORA, *M. F.* 44
CRÍTICA DE LIBROS, *Jiménez Martos* 46
NOTICIARIO 50

Toda la correspondencia a
CONCHA LAGOS
José Antonio, 31 - Madrid
Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 27-28 Enero-febrero 1959

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO
Subdirector: MEDARDO FRAILE

CONSEJO DE REDACCIÓN

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS

Depósito legal: M. 3170 - 1958.

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.

ANTE UNA PROMOCION NUEVA DE POETAS

"AGORA" QUIERE OFRECER en el presente número el plantel de los poetas más jóvenes. ¿Se trata de una nueva "generación"? El término "generación" es, desde hace bastante tiempo, un término técnico, y, en consecuencia, un término que aspira al rigor. Pero tengo para mí que ese pretendido rigor sólo triunfa cuando se maneja el concepto de manera abstracta, y falla lamentablemente cuando lo aproximamos a la realidad misma literaria que se produce en cada período determinado. Una vez que hemos sido defraudados de ese modo, nos sentimos tentados a rechazar definitivamente toda noción de generaciones artísticas. Y cuando así lo hacemos por fin, nos damos cuenta de que nos hemos comportado de nuevo temeraria y arbitrariamente. Porque a veces, en unas pocas fechas muy precisas, sí semeja haber algo que podemos identificar aproximadamente como una generación de escritores. Y como nosotros deseamos ser lo opuesto a esos teóricos que se van por los Cerros de Ubeda cuando quieren únicamente irse a la habitación de al lado, nos limitaremos a decir: en algunas ocasiones se da, en efecto, eso que se ha llamado "generación", y en otras muchas no se da. Pero si no existe una generación la mayoría de las veces, ¿qué es lo que hay de ordinario? Una poética que da carácter a un lapso temporal más o menos largo (no necesariamente de quince años) y que afecta a todas *las generaciones que no estén de hecho muertas o anquilosadas. El duque de Rivas (nacido en 1791), Espronceda (nacido en 1808) y Zorrilla (nacido en 1817) escriben por las mismas fechas cosas parecidas (con las consabidas diferencias individuales) y desde dentro de una morada estética común. A mi entender, lo que cuenta no son, pues, las tan traídas y llevadas "generaciones", sino las vigencias estéticas colectivas que, como un uso de la sociedad literaria, se imponen a todos o a casi todos los escritores de un momento dado. He dicho "todos o casi todos", y es que, por supuesto, a este uso pueden sustraerse, excepcionalmente, algunos literatos, o por inercia y retrogradación, o por acelerado activismo, es decir, por su calidad de aventureros robinsonescos o adelantados hacia una estética futura. Y así, Campoamor, que vino al mundo el mismo año del autor del "Tenorio", en su momento de mayor personalidad expresiva trazó un mundo, más o menos poético, que poco tiene de común con el de su coetáneo.*

NADIE IGNORA QUE EN LAS CIENCIAS del espíritu no se pueden elaborar reglas abstractas que hayan de ser cumplidas con la precisión matemática con que se comporta la naturaleza física. A la realidad humana hemos de ir con conceptos de ocasión, válidos por una sola vez en un instante único; lo cual no equivale a que tengamos que pensar esa suerte de realidades como puramente caóticas e incontrolables. Toda realidad, y la del espíritu también, puede ser explicada, pero la explicación de las cosas del hombre se ha de hacer contando con que éste es una criatura situada en el tiempo y en el espacio, y que varía según esos dos factores determinantes.

TODO ESTO LO TRAIGO A PROPOSITO de los poetas jóvenes que en las páginas de ÁGORA se juntan hoy. ¿Hay en ellos, tomados en conjunto, una intención nueva, claramente distinta de la de los otros poetas que les han precedido inmediatamente y que oscilan a la sazón entre los cuarenta y cinco y los treinta años de edad? Sospecho que no existe (por lo menos hasta ahora) esa estética revolucionaria por la que se distingue siempre una generación nueva, cuando ésta se produce. Revolución no quiere significar aquí la intención patibularia de revolver el lenguaje poético anterior y ponerlo, como si fuese una silla, patas arriba, sino que con esa palabra deseo designar, menos espectacularmente, el modesto hecho de la diferenciación marcada con que un grupo de hombres se enfrenta a otro preexistente. Pues bien: ni siquiera moviéndonos dentro de esa humilde acepción encuentro revolucionario el talento de estos poetas. Entre ellos los hay admirables y plenos, con personalidad evidente y en algún caso muy recia, pero el conjunto no se me impone como aventurándose en una poética discrepante de la que se fué configurando en España a partir de la guerra, y que se halla en situación de reinado bastante absoluto desde, aproximadamente, 1947.

ACABO DE HABLAR DE LA ESTETICA del conjunto. Porque en algunos casos particulares, el de Claudio Rodríguez, por ejemplo, sí creo ver algo así como una actitud revolucionaria (en el sentido no catastrófico que he querido dar a la expresión). Pero como no soy adivino, no sé bien si se trata de un guerrillero solitario, o de la avanzadilla que un ejército, aún invisible, nos envía desde un muy próximo mañana. En Claudio Rodríguez hay, en cierto modo, revolución, o si se desea una expresión más gráfica y menos contundente, incursión conquistadora de un territorio allende las fronteras habituales. Claudio Rodríguez semeja instalarse en un territorio poético nuevo, aunque fronterizo con el dado en propiedad a los poetas de los últimos años. Su poesía tiene de común con la vigente hoy en España el hecho de que su tema es el hombre histórico, pero, a diferencia de esta última, tal tema no es cantado directamente, sino que se halla como generalmente implícito, y por eso, el poeta, aunque no rompa con la poética al uso, puesto que tácitamente la supone y se levanta desde ella *por superposición, puede crear un arte de mayor elaboración en varios sentidos. Por lo pronto, le cabe pres-*

cindir de la mera presentación *de la realidad, que a Claudio Rodríguez parece como si se le antojase insuficiente para la creación poética. Y esto es así porque, a causa de su situación histórica más reciente, puede darla por implicada y elevarse desde ella. He escrito "elevarse" y, en efecto, este poeta siente un afán como de "lanzar el cuerpo hacia lo alto" (cito una expresión suya) en una ebriedad de ascensión que le caracteriza. Tal es, a mi juicio, la razón de que con significativa frecuencia en sus libros halle acogida el tema del espacio. Es la de Claudio Rodríguez una poesía espaciosa y levantada, ebria de castellana claridad. Y, como consecuencia de ese levantamiento y encendimiento, su expresión se hace también tensa y vigilante. He aquí otra separación bastante considerable con la mayoría de los poetas actuales, cuyas cualidades, a veces muy relevantes, suelen ser de otra índole. Anotemos en este punto que idénticas vigilancia y tensión expresivas son perceptibles en el coetáneo grupo catalán de poetas que escriben en castellano. Justamente en aquellos que, al lado de Claudio Rodríguez, habría que clasificar como conllevadores de una actitud diferenciada con respecto a los poetas de más edad: quizá lo más peculiar de ellos sea el empleo de una ironía extraordinariamente trabajada desde el punto de vista literario y con muchos elementos implicados y tácitos. Si todo esto que en ellos apunta tiene consecuente desarrollo, podría tratarse del inicio de un movimiento con sentido propio y cuerpo aparte. El tiempo lo dirá.*

EN OTROS MUY PERSONALES POETAS que aquí se ofrecen hay, repito, coincidencia notable con las líneas fundamentales de la poesía vigente desde 1947. Su tema suele ser el hombre situado en un tiempo y en una circunstancia específicos, que el poeta se detiene a presentar (según módulos y perspectivas que varían de poeta a poeta) en toda su limitación, a veces angustiosa. Quizá, apurando el análisis, podamos ver, por lo menos en algunos representantes característicos, que estos poetas más jóvenes tienden a otorgar a la esperanza de matiz no político un espacio de más amplia extensión de lo que es frecuente en los poetas mayores, los cuales, por otra parte, también inciden en el tema, aunque quizá con intenciones no del todo idénticas, en la mayoría de los casos.

CREO VER EN ESE AUMENTO de la humana actitud esperanzada un resultado de dos causas distintas: la una histórica y la otra psicológica. La histórica sería que estos poetas, por ser más jóvenes, no han vivido la guerra; y la psicológica que, de un lado, la angustia, por ser situación extrema en el hombre, no puede sostenerse sin desfallecimiento; y de otro, que por ser situación negra y asfixiadora, el instinto de conservación lleva a abrir un boquete en la cueva irrespirable.

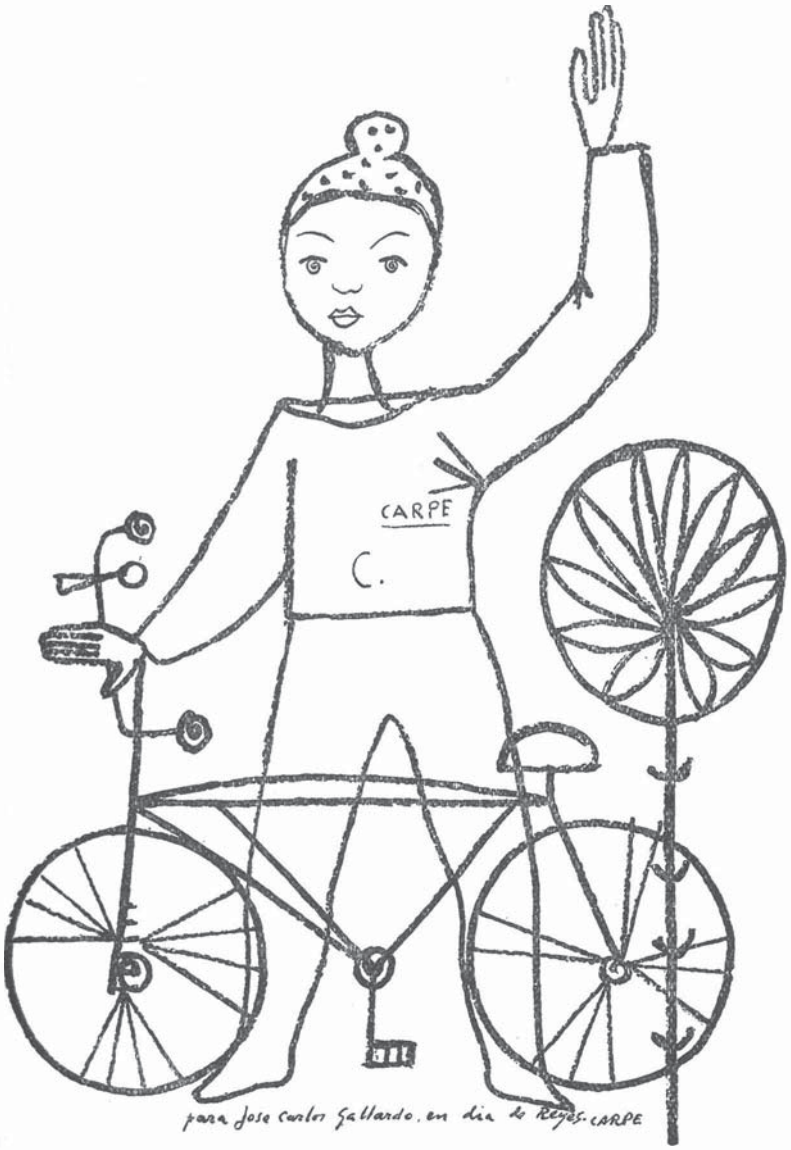
Si seguimos buscando posibles diferencias, creo que nos sería hacedero señalar en esta juventud poética que aquí se agrupa, bien que de otra manera que en Claudio Rodríguez o que en el grupo de Barcelona que antes cité, un cierto modo de elaboración artística del lenguaje en

una medida mayor que en los poetas menos jóvenes. Claro está que decir esto es expresarse con impropiedad grande, puesto que la poesía jamás es "directa" en el sentido que se ha querido dar a esa expresión en los últimos años: todo poeta, sin excepción posible, ha de modificar el lenguaje convencional, si quiere hacer poesía. Pero como no dispongo aquí de espacio suficiente, he de contentarme con suponer que lo dicho pueda ser, aunque sumamente inexacto, lo bastante claro para que no sean precisos otros comentarios.

TAL ES LA MUY GENERICA y esbozada caracterización de un grupo de poetas que tienen por delante un amplio futuro. Tanto, que probablemente el tiempo vendrá a dejar estas palabras mías como muy vaciadas de sentido, cuando cada uno de los autores aquí reunidos cumpla su obra con toda la plenitud que su cierto presente nos hace esperar a todos.



CARLOS BOUSOÑO


CARPE
C.
para Jose Carlos Gallardo, en dia de Reyes. CARPE

DE «CRONICA DE UN DIA»

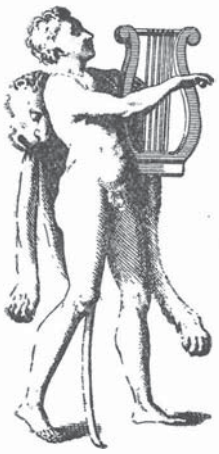
(FRAGMENTO)

SENTADO en una silla, en la terraza,
pienso en islas probables.
Miro abajo las sílabas oscuras
del Manzanares
—por cada gota un clásico—
y pienso que no cabe
duda: ése es el río,
ésa es la tarde,
ése es el cielo del otoño
y aquello son los árboles
repartiendo prospectos amarillos
por las habitaciones de los parques.

Pienso en otros otoños
que ya no tengo por delante
y en otro viento
surcado de vencejos delirantes.
Pienso en el río
para quedarme al margen.

A mi derecha tengo un paquetito
repleto de esperanzas que Dios guarde:
un poco más allá,
igualmente a mi alcance,
otro paquete con mis treinta años
intransitables.

Hay un aviso:
«Prohibido tocar. Peligro de desastre.»
Sentado en una silla, en la terraza,
con los ojos a pájaros distantes,
a no sé cuántos metros de altitud
sobre el nivel incierto de la calle,
un hombre—nada nuevo
por otra parte—
está pensando, en serio,
que es mala cosa hacer balance.



MANUEL ALCÂNTARA

EPITAFIO PARA UNA MUCHACHA

PORQUE te fué negado
el tiempo de la dicha
tu corazón descansa
tan ajeno a las rosas.
Tu sangre y carne fueron
tu vestido más rico
y la tierra no supo
lo firme de tu paso.

Aquí empieza tu siembra
y acaba juntamente
—tal se entierra a un vencido
al final del combate—,
donde el agua en noviembre
calará tu ternura
y el ladrido de un perro
tenga voz de presagio.

Quieta tu vida toda
al tacto de la muerte,
que a las semillas puede
y cercena los brotes,
te quedaste en capullo
sin abrir, y ya nunca
sabrás el estallido
floral de primavera.

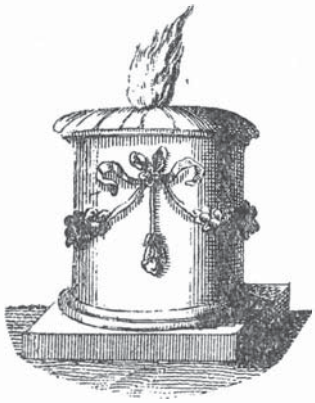
MARÍA VICTORIA ATENCIA

APELLIDO INDUSTRIAL

MUCHO tiempo,
en las raras visitas, cuando iba
ganando día a día, me produjo
una impresión amable.
Quedaba un olor acre,
como a tinta, y un sabor de madera y hierro nobles,
la memoria del ruido y las imágenes
maravillosamente descompuestas.
Recordaba una esquina
gastada por las manos,
tierna como la voz del padre,
y un lugar con esferas de mármol.

Pero aquel portalón
que un día cruzaba
y otro día olvidaba, por motivos
casi mágicos,
se fué haciendo presente.
Allí estaba mi nombre
escrito, allí por las mañanas
temprano terminaba la luz,
el aire... y todo cuanto hacía,
todo estaba pagado, todo a crédito

de libertad rendida, de conciencia
confusa.
No, no quiero, dije
mirando los montones
de escombros,
la tierra verde y negra de la calle futura.
...Y una muchacha triste que pasó
sin prisa...
Y era libre
sólo para decidir lo que no importa.



CARLOS BARRAL

SI LA INFINITA TRISTEZA

A Françoise.

SI la infinita tristeza
de los astros me pidiera
el corazón lo daría
sin quejarme. ¡Tantas noches
que he podido abandonarme
al sueño! Pero la hora
no ha llegado todavía.
¡Quedaba el cielo tan alto
para mis ojos! Las últimas
estrellas invernadoras
de esperanzas, retrasaban
fríamente su regreso.
Pienso que el mar es un cielo
derrotado, que la espuma
abre frágiles caminos
para llegar a la tierra.
Pero ¿dónde están las manos
efímeras, dónde el vuelo
de los abiertos caminos
que proclaman mi regreso?
¿He de quedarme en el vuelo
de los emigrados pájaros
que prenden con su aleteo
el plumaje de los pinos?
«Subiré mas alto», digo.
Y me hundo en la tristeza
mientras que el cielo se invade
de águilas sin beneficio

que vuelan desesperadas
hasta llegar a mis ojos.
¡Quién me predica la buena
voluntad de las estrellas
si como un campo de trigo
se desgranan en la noche!
Me entregaré de repente
al silencio de la playa
y que allí baje la espuma
si es verdad que me desea.



JOAQUIN BENITO DE LUCAS

LOS TRENES

A mi tío Candelas López, que trabajábamos entonces en el campo.

AQUEL invierno estuve ensarmentando
la viña de mi abuelo, Eladio López,
el que volvía del campo sin camisa
y sin blusa por darla a los mendigos,
pues él creía que el hombre bien merece
ser hermano de todos, no otra cosa.
¿Qué más iba a decir? Aquel invierno
estuve ensarmentando aquella viña,
que era pequeña, y más de los ajenos,
viendo brillar la escarcha de diciembre
que era fría y hermosa, y tío Candelas,
el podador, hermano de mi madre,
con sus ojos de campo me observaba
mirando el horizonte, allá perdido
por detrás de los pájaros volantes.
Tenía yo nueve años; trabajaba
sin muchas fuerzas. Yo pensaba entonces
en cosas como estas que ahora escribo:
en lo estrecho de pecho que es el hombre
en los tiempos de guerra y de venganza,
cuando la gente aguanta las pezuñas
con odio, acobardada, sin defensa;
todo esto es verdad que lo pensaba
mientras los trenes de Madrid-Valencia
pitaban y yo ataba mis gavillas,
helado y mal vestido, ya hace años...
A pesar que el recuerdo llega turbio
como un documental retrospectivo

con las caras borrosas, todavía
veo que me miraba tío Candelas
atentamente, sí, que me ayudaba
a valerme otras veces o citábame
palabras de la Biblia, entre aquel frío
del 40 y su hambre, o que rimaba
su coplilla octosílaba manchega:

Sobrino Eladio, te digo
que no te entretengas tanto
en mirar por río Záncara
los trenes que van pasando.

Era que a dos kilómetros pasaban
muchos desconocidos en los trenes,
era que el mundo estaba en otra parte
y nadie ve la vida ni se entera
de casi nada, y era que las gentes
mal se conocen entre sí ni se aman,
lejos unos de otros... Yo veía
el tren muy negro y largo en la llanura,
silbante, con su humo y sus bolliscas,
pasar hacia otro mundo de esperanza,
no de engaño y de luto, pues los pobres
dan en creer en la milagrería,
en que unas gentes vendrán a salvarles
en un tren como aquellos que pasaban;
dan en creer los pobres esas cosas
cuando son niños, siempre trabajando
y sin salir del pueblo para nada.

CON MI VOZ

LO que no puedas con la tuya, dilo
con mi voz, que es ya usada, pero sabe
pedir algún derecho donde cabe
pedir otro derecho que el de asilo.

Tu derecho y mi voz: un doble filo,
un doble fondo y una doble llave
que gravemente tirarán. Qué grave-
mente dirán que se ha cortado el hilo

de mi voz. Un descuido. Un accidente.
Ese tronco cruzado... Esa corriente...
Esa alta tensión... Ese declive...

Se cortará. Lo sé. Lo espero alerta.
Y por mi voz, nunca del todo muerta,
nunca sabrán que todo en ella vive.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ

EL HERMOSO TIEMPO

TODO te espera para después de aquel verano:
el tiempo de las horas más las horas que venga
las palabras, los pájaros y el aire amarillo,
cuando los frutos caigan como maduras hojas
y el amor sea un débil latido de manos frías.

Aquel verano que será, que nunca fué,
que no será jamás verano alguno;
verano dicho y hecho de esperanza
para decir las cosas que hayamos de ir perdiendo
¡Un verano enterrado en el verano del mundo
para esperar que todo nazca desde otro sitio!

Aquí tengo la vida a la deriva, como una
tabla; porque la voz no es de tierra bastante
para tener a un hombre. Aquí tengo aquel verano
que llegará a la tabla como un hermoso tiempo.
La vida, aquí la tengo: es una sangre sin curso,
un nombre sin persona, un rayo al aire
igual que una raíz que busca un cielo fijo.

Si te digo que, cuando el tiempo muera, nosotros
seremos una orilla ilimitada; que, cuando
el río deje el cauce y vaya lleno de cielo,
nosotros dos seremos un río más lejano;
si te digo que, cuando las palabras no se oigan
en el mundo, seremos una bella voz única;
cuando el aire amarillo se entristezca y los pájaros

se lleven en sus picos el verano, nosotros
tendremos ya las horas de las horas
como un olor para después del mundo.

¡Ay, amiga, y pensar que todavía el verano
ha de nacer después, para seguir esperando!...



JOSÉ CARLOS GALLARDO

TREGUA

A M.ª de Gracia Ifach.

NO. No quiero saberlo.
Perdonadme. Tal vez sea pecado
desertar un momento... Mas no quiero
enturbiar estas aguas que me envuelven,
—unas extrañas aguas de bondad
casi olvidadas...—

No quiero preguntar por el culpable
y encontrarme, de pronto, entre los dientes
algo que maldecir sin más remedio.

Sólo quisiera ahora
tener entre los labios el nombre generoso
de la luz y del viento...,
de la tierra mojada,
del pino, del rosal y del geranio...

(Si supierais vosotros cómo huele aquí el aire...
Limoneros redondos, apretados azahares...
y esos árboles
que custodian mi calle...
Si supiérais vosotros,
amigos,
hermanos,
cómo huele aquí el aire...
cómo se extiende, tierno y verde,
—prolongación de mi criatura—
el campo...)

Por eso.
Sólo por eso os digo
que no quiero saberlo.

Quiero olvidar que hay hombres
aullando;
que hay niños de ojos tristes,
que hay palabras terribles
y terribles presagios.

(Sostengo entre las manos
un terso aroma de naranjas.
¡Si vosotros supierais
cómo huele aquí el aire...!)

Dejadme.
Quiero olvidar el humo
de las fábricas;
el torso del obrero maltratado,
y esas voces que cruzan los caminos
a pedradas...
Quiero olvidar, hermanos, tantas cosas:
mi niñez repitiéndose
eternamente por las calles;
la humillación de todos y la mía
en mí y en cada uno.
Quiero olvidar que el hombre
está solo y cansado.
Quiero olvidar el miedo
profundo y animal que nos abate.

Dejadme.
Es tan sólo un momento.
Un espacio pequeño
para sufrir intensamente el gozo,
para sentir, en torno a mí, la vida
como una llaga dulce, inesperada...

Porque vosotros no sabéis, hermanos,
cómo huele aquí el aire.

(Limoneros redondos, apretados azahares...
y esos árboles
que custodian mi calle...)

Sí, lo sé.
Y junto a todo esto,
sempiterno y terrible,
el daño...

Pero ahora dejadme.

No quiero preguntar por el culpable.



ANGELINA GATELL

AUNQUE SEA UN INSTANTE

AUNQUE sea un instante, deseamos
descansar. Soñamos con dejarnos.
No sé, pero en cualquier lugar
con tal de que la vida deponga sus espinas.
Un instante, tal vez. Y nos volvemos
atrás, hacia el pasado engañoso cerrándose
sobre el mismo temor actual, que día a día
entonces también conocimos.

Se olvida
pronto, se olvida el sudor tantas noches,
la nerviosa ansiedad que amarga el mejor logro
llevándonos a él de antemano rendidos
sin más que ese vacío de llegar,
la indiferencia extraña de lo que ya está hecho.

Así que a cada vez que este temor,
el eterno temor que tiene nuestro rostro
nos asalta, gritamos invocando el pasado
—invocando un pasado que jamás existió—

para creer al menos que de verdad vivimos
y que la vida es más que esta pausa inmensa,
vertiginosa,
cuando la propia vocación, aquello
sobre lo cual fundamos un día nuestro ser,
el nombre que le dimos a nuestra dignidad
vemos que no era más
que un desolador deseo de esconderse.

JAIME GIL DE BIEDMA

DOMINGO

DOMINGO, flor de luz, casi increíble
día. Bajas sobre la tierra
como un ángel inútil y dorado.
Besas
a las muchachas
de turbia cabellera,
vistes de azul marino
a los hombres que te aman, y dejas
en las manos del niño
un aro de madera
o una simple esperanza. Repartes
golondrinas, globos de primavera,
te subes a las torres
y giras las veletas
oxidadas. Tu viento agita faldas
de colores, estremece banderas,
lleva lejos canciones
y sonrisas, y llena
las estancias de polvo plateado.
Los árboles esperan
tu llegada
para cubrirse de gorriones. Sabe más fresca
el agua de las fuentes.
Las campanas dispersan
palomas imprevistas
que vuelan
de otro modo.
No hay nadie que no sepa

que es domingo,
domingo.
Tu presencia
de espuma lava,
eleva,
hace flotar las cosas y los seres
en un nítido cielo que no era
—el lunes—de verdad:
apenas
desteñido papel, vidrio olvidado,
polvo tedioso sobre las aceras...



ANGEL GONZALEZ

Reposa, España

Amor limado contra tanta losa
como contra una piedra una navaja.
Amor que día a día allí trabaja.
Campo de soledad. Cielo de fosa.

Pretendemos hacer a España dormir
cual trabajar en nuestra propia caja
de muerto; ¡España que en la luz se cuaja
como un sepulcro funeral! Reposa.

Reposa, España ¡Todos reposemos!
oh blanca tumba entre la luz dormida,
Blanca luz de la muerte que bebemos

a diario. No de muerte, no de vida;
de sueño de ti nos envenenamos,
España del amor, patria extinguida.

Carlos Bousoño



CARLOS BOUSOÑO

(Foto Lagos.)

POEMA AMERICANO

YO tuve amigos
de color
de bronce,
hombres del Sur,
camaradas
de América.
Llegaron
hasta mí
con sus canciones,
con su tierra
en la mano.
Me decían:
yo soy Colombia,
México,
Argentina,
yo traigo
el Altiplano
en la palabra,
vengo
de Guatemala,
soy de Chile,
mi patria
es el Perú.
Por ellos
mi amistad
fué como un mapa
embravecido,
por sus canciones

me inundó
la alegría
de otros mares,
supe el dolor
de pueblos
sin aurora,
alcancé
el corazón, sentí
la tierra.



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

NO LLOREIS

SILENCIO, no lloréis si un carpintero
no tiene pan ni lecho suficiente,
dejadlo que se encorve heridamente
sobre escoplo, puntillas y tablero.

No claméis si, borracho, un marinero
persigue a una muchacha, acosa ardiente,
y ella oculta y abriga lo patente,
la cara con rubor y el pie ligero.

Callad si un automóvil atropella
a un niño, y huye, y los testigos huyen.
No importa. Pues sucede—escrito estaba—

que un carpintero, un niño, una doncella,
veinte siglos más tarde, restituyen
la paz del hombre al hombre que esperaba.

Sevilla, enero 1959.

MANUEL MANTERO

DIOS ENCONTRADO

DIOS está aquí, sobre esta mesa mía
tan revuelta de sueños y papeles;
en esta vieja, azul fotografía
de Grindelwald cuajada de claveles.

Dios está aquí. O allí: sobre la alfombra,
en el hueco sencillo de la almohada;
y lo grande es que apenas si me asombra
mirarle compartir mi madrugada.

Doy a la luz y Dios se enciende; toco
la silla y toco a Dios; mi diccionario
se abre de golpe en «Dios»; si callo un poco
oigo jugar a Dios en el armario.

Abro la puerta y entra Dios—¡si estaba
ya dentro!...—; cierro, y sale, mas se queda;
voy a lavar mi cara y Dios se lava
también y el agua vuélvese de seda.

Dios está aquí; lo palpo en mi bolsillo,
lo siento en mi reloj, y aunque me empeño
ni me sorprendo ni me maravillo
de verle tan enorme y tan pequeño.

Me lo dobla el cristal, me lo devuelve
hecho yo mismo—Dios, perdón—su frío

y no intento explicarme por qué envuelve
su cuerpo en este pobre traje mío.

Hoy he encontrado a Dios en esta estancia
alta y antigua donde vivo. Hacía
por salvar, escribiendo, la distancia
y se me desbordó en lo que escribía.

Y aquí sigue: tan cerca que me quemo,
que me mojo las manos con su espuma;
tan cerca que termino porque temo
estarle haciendo daño con la pluma.



CARLOS MURCIANO

CRONICA DEL PARAISO

MI abuela Eva tenía
los ojos del color
travieso verde claro de aventura.

Mi abuelo Adán le hacía
beber la sangre lírica
de vuelos recién hechos,
y el mundo no le daba
ni tiempo de inventarse la cocina
y mucho menos, días
de sobra para hacerle
horarios a la vida de mi abuelo.

Era toda de saltos poderosos,
mirada toda ella para el río
apenas si con peces todavía,
beso de pronto para el hombre
jinete de leones
y tierno acunador de las culebras.

Le daba de comer a las hormigas
y al viento lo mimaba como a un hijo.

Dios le besaba
los párpados librándola del sueño...

Y un día, mi abuelo Adán
mordió a la abuela Eva
en loca dentellada de simiente.

Fiero mi abuelo
mordiendo fué aquel barro
moreno y bien mojado en toda fruta.

Y así, mi abuela Eva
lloró poco más tarde
como una plaza sucia de suburbio,
como el vino final de las botellas,
como un aburrimiento
de multimillonaria que se cansa...
Después vino Caín,
y más tarde, nosotros.



JOSE M.ª REQUENA

FRAGMENTO

ARRODILLADO sobre mis días perdidos
contemplo hoy mi trabajo como a esa
ciudad lejana. ¡Y tú me culpas de ello,
corazón, duro amo!
Que aligere y no coma,
que nuestra recua vaya de vacío
por si nos llega algo
que cobije a los hombres.
Como siempre, ¿eso quieres?
Mira caer el sol tras de las casas,
mira cómo el amor sobre el oficio
nuestro de recordar, aún brilla. Mucho
hemos perdido.
Arrodillado sobre mis días de ceniza
hundo mi vida en ellos, y la mancho
pero no la sacudo, la alzo y siento
que está aquí, y oigo, oigo
su música.
¡Música de cuartel, desparejado
concierto! ¿Quién me tañe
la juventud?
Ya di el aire a los muertos,
bajo, bajo y me lavo
en esta tierra, y me trabajo el cielo
a nuestros pies. ¡Que salte
por nuestras calles, gorrioncillos míos,
sonido mío, pasos
de mi vivir!

Nunca esperéis que vuelvan
aquellas tardes, cuando se ponía
el sol, no el corazón.
No esperéis las mañanas
de nuestra patria.

Erguido sobre mis días alegres
sigo la marcha. No podré habitarte,
ciudad cercana: siempre seré el huésped,
nunca el vecino.
Ah, cuánta eternidad
ha cuajado en nosotros,
cuántas estrellas suenan
bajo estos dedos sucios,
en esta boca mal coplera. Y solo
para ir de camino.
Ahora ya el sol tramonta. De esos cerros
viene un olor que es frío aquí en el llano.
Tal vez, valiendo lo que vale un día,
sea mejor que el de hoy acabe pronto.
¡Que no acabe! ¡Yo sigo
de hinojos sobre mis días de dolor,
sobre mis años de vileza, pero
que no se haga de noche!
No me importó otras veces
la alta noche,
recordadlo. Sé que era peligroso
ver esas carnes, blandas por dinero
pero caseras por ternura, oliendo
al azul de plazuela,
con el meneo puro de los juegos,
aún con el casto dale
que dale de la comba. ¡Al corro, al corro!
Sé que eran peligrosas las campanas
a las claras del alba.
Pero hoy es distinto. Hay mucho miedo.
Algo ronda. No, no, así, sin vosotros
no sé qué hacer. Quisiera
entrar con luz en la ciudad. Vivienda
no me importa; con que oiga
voces me basta. Siempre,
cuando oiga voces siempre oiré las vuestras.

¡Dad a las plazas nuevos nombres, nuevos
aldabones poned en esas puertas,
hoy de juicio y silencio! ¡Que no haya
hora tardía!

Solo yo supe mi salida. Iba
pintando otoño. Pero, ¿esto
qué es? ¡Si es el vencejo,
si este atropello es el de la liebre
asustadiza, si humo
sabroso es lo que huelo y oigo perros,
no gallos! ¿Qué pasa aquí?
Es de noche.
Bienvenida la noche para el que va seguro
y con los ojos sanos mira tranquilo el ceño
feroz del firmamento, la ola en tromba
de los espacios. Nunca
necesites el campo entero, bien andante.
Y tú, ¿qué fuego buscas,
corazón mío? ¿Dónde están las torres
bien muradas y bien abastecidas?
Muchos hombres pasaron junto a nosotros, pero
no eran de nuestro pueblo.
Sólo nos queda el canto
para perder el miedo: oye, oye, oye, algo ronda.
Yo no entiendo esos guiños
de arriba, que estoy solo, que no hay nadie.
¿Dónde están las tabernas?
¡Lavad los vasos, fuera
ese polvo del cielo insoportable!
Malo es ir a la feria
no a ver, sino a comprar. Ah, cuánta noche
para tan solo una mañana. Sigue.
La ciudad está cerca. Mira, mira:
allí hay un arrebol. Dentro de poco
saldrá el sol.

CLAUDIO RODRIGUEZ

POEMA EXCLUIDO

PERO ante todo, piensa en esta patria,
en estos hijos que serán un día
nuestros: el niño labrador, el niño
estudiante, los niños ciegos. Dime
qué será de ellos cuando crezcan, cuando
sean altos como yo y desamparados.
Por mí, por nuestro amor de cada día,
nunca olvides, te pido que no olvides.
Los dos nacimos con la guerra. Piensa
lo mal que estuvo aquella guerra para
los pobres. Nuestro amor pudo haber sido
bombardeado, pero no lo fué.
Nuestros padres pudieron haber muerto
y no murieron. ¡Alegría! Todo
se olvida. Es el amor... Pero no. Existen
cosas inolvidables: esos ojos
tuyos, aquella guerra amarga, el tiempo
en que vendrán los pájaros, los niños.
Sucederá en España, en esta mala
tierra que tanto amé, que tanto quiero
que ames tú hasta llegar a odiarla. Te amo,
quisiera no acordarme de la patria,
te amo a ti, te amo a ti. Pero no puedo,
no podemos amarnos donde un día
murieron tantos justos, tantos pobres.
Aun a pesar de nuestro amor, recuerda.

CARLOS SAHAGÚN

DECLARAME TU

HUMEDAS fauces como perseguidas
por una sed de azul muerden los brotes
del aledaño abeto, aunque es la hora
del asalto final en que te escondes.
Qué viento crecerá por esas ramas
o qué alegría viendo rojos montes
de salvación, aéreas estancias,
senos blancos dorados por las hoces.
Nada tan claro como tu corriente
buscando el hueco donde el sol se pone
o más tarde la tibia animación
lunar, cuando ha caído lo más pobre.
Encuentro que mi sitio no es mi sitio.
Con el impulso mismo de tus órdenes
me levanto a pedirlo por el aire,
desesperada sed que va a lo noble.
Oh los aires primeros, las primeras
bocas, serenidades. Todo sobre
tu calor se aposenta, todo busca
la tolva que les dió materia y nombre.
Maleficio campal, dictamen, viento,
todo lo centras y lo descompones.
Busco ya mi país, poso una mano
sobre estas cejas deslumbradas donde
tienes tu reino, donde mueres sola
a mi inclemencia de destello y hombre.
Con la tarde que cae todo le viene
angosto a la mirada, lanzas rompe

por el campo lejano; así en el vuelo
de lo que viene y va desde la noche.
Aires, serenidades, bocas mías,
ansia mía enredada por los robles:
tened todo lo mío, devoradme;
no porque pierda en ello, porque cobre
exhaustamente luz desde mis obras
y en mi propia faena me desplome.



RAFAEL SOTO VERGES

EL SAPO

EL sapo melancólico
de húmeda palabra,
con pulso de agua humilde,
transparente y remoto que vibrara
para llenar el sueño de frescura,
asesinado yace a mediodía,
a medio mundo en luz.

Luz breve fué su canto.

Bajo el poder oscuro,
que acaso presintiera,
de tanta luz reposa.
Y ya no puede el aire
o la memoria de su flauta tenue
refrescar su garganta.

Mediodía:
ansiada luz que acepta y que devora.

Un cadáver gravita, pesa sordo
contra la tierra.
Más pesa su silencio.

Pobre muerte mortal de sapo claro
que cae desde su música ligera,
pesadamente muerto para siempre.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

LA HUELLA

CUENTO

ESTE es el cuento del niño judío Naím, ocurrido cuando el pueblo de Israel vivía el cuento verdadero que habían anunciado los profetas. Tenía Naím once años, el pelo alicaído, negro, rociado con óleo de muchas conmemoraciones. Iba, por su estatura, buscando a los pájaros. Tenía sueño en la piel, los ojos obedientes y el corazón, dorado y silencioso, metido en la aventura de los juegos. Comenzó los estudios sagrados a los cinco años; a los diez, el estudio de la tradición. Le había guiado algún tiempo el escriba Lubban, que cortejaba a Elena, hermana de Naín, y que sólo era ya nueces y perfume, enterrado bajo un nogal lleno de historia, fuera del pueblo, en el camino del Genesaret. Brotaban las hojas en las ramas tiernas de las higueras: por esto se conocía lo pronto que llegaría el verano. Ya, sin nubes de Poniente, daba gusto trepar por la escalera hasta la azoteílla de la casa, tomar en la terraza el fresco y el sol, y hablar desde ella, a voces, con los otros vecinos. Naím jugaba; veía al hombre de los pájaros colocar sus trampas: era el que luego vendía por un as, por siete céntimos, dos pájaros. Al atardecer, escuchaba los ruidos, notaba su misterio. Ruidos como piedras en el aire que languidecen y se pierden. Miraba las estrellas: el gran rebaño del atardecer, que iba llegando como si, desde lejos, le diese voces un pastor.

En aquellas tardes, que ya empezaban a ser profundas, era cuando más se hablaba del Galileo. Decían que, en Nazaret, tenía familia, tenía primas hermanas. Sabían sus palabras: "Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde las terrazas."

—¡Ana! ¡Magdalena! ¡Isabel!—se llamaban desde las balaustradas de las azoteíllas.

—¿Os acordáis de Jebel, el leproso?

—¿El que nos gritaba al pasar?

—Tú lo has dicho; tiene su cuerpo ya como mi propio hijo, mi Naím, sano y puro.

—¡Isabel! ¡Ana! ¡Magdalena! Hoy ha venido Tammuz y cuenta que a uno que tenía la mano seca también le ha curado. ¡Como a los demás!

Naím a la hora del sueño, con los ojos muy abiertos, oía contar cosas extraordinarias de aquel Hombre. Se despertaba en él una curiosidad desveladora, larga, llena de fantasías y de luces. Se imaginaba lejos de

su casa, en busca del Señor que haría milagros para que él—un niño—los contara. Y cuando volviese, seguro que irían todos a verle, a consultarle; todos admirarían su viaje.

El Señor en aquel tiempo se dejó ver en el campo aquel, entre aquellas gentes. Naím, como una abeja laboriosa, libaba una y otra vez en el jardín del Verbo y depositaba miel en los oídos atentos de su madre, de su hermana. A fuerza de correr por las esquinas se quedó como un pájaro y le salieron de tanto desvelo y asombro acumulados, de tanto camino de alegría en el cuerpo, unas ojerillas profundas y honradas. Se le puso cara de candelabro pequeño. El Maestro, a veces, cargaba de tiempo alguna de sus palabras, la decía despacio, como si quisiera meter en ella la vida de alguno de los que estaban a su alrededor. Naím seguía con sus labios la palabra lenta—que era una palabra sencilla—, como si fuese nueva, maravillosa y no la hubiese oído jamás.

Una tarde anunció el Galileo su marcha a Jerusalén. Se despidió de todos estrechando el diálogo, yendo hacia cada uno con su mirada un poco triste, dejando la impresión de que algún día, un día no lejano, estarían todos juntos, otra vez, en alguna parte. A Naín se le ocurrió una buena idea, una idea de esas de los niños por la que sienten elevarse a las alturas. Su mirada se hizo obstinada y oblicua: miraba las sandalias del Señor, las plantas del Maestro. ¡Que nadie se le pusiera delante!

El Galileo dió sus primeros pasos hacia el camino y sus discípulos y las gentes que le rodeaban siguieron con El. Naím se quedó quieto, sobrecogido, mirando al suelo. Dos hombres que pasaron a su lado miraron al suelo como él, vieron la tierra pisada sin ningún valor y siguieron andando. No había nada: huellas de sandalia y pisadas borrándose unas a otras. Pero Naím miraba la Huella del Señor. La había deseado con el picor de su sangre, con fe, con desaliento, y ahora la tenía allí, extrañamente aislada, perfecta, de un suave color rosa, tibia, como ligeramente humedecida, como si ya nunca pudiera borrarse. Naím supo muy pronto lo que tenía que hacer. Los niños lo hacen mucho en sus juegos para impregnarse quizá de algo misterioso que admiran y no alcanzan. Estaba lleno de asombro, de alegría; tenía los ojos a punto de inocencia y puso el pie derecho sobre la Huella del Señor.

Una luz le vino de la tierra y fué, por unos instantes, un sol pequeño, un fanal, un niño luminoso con su carita judía como una lechuza encendida de mesilla de noche. Un niño como un escaparate de fe, de devoción; reluciente como un denario recién acuñado. Fué Naín, aquella tarde, la primera luz que se encendió en el pueblo.

Nadie lo vió. Y de todos los que no vieron, sólo creyó Elena, la hermana de Naím, que había sido cortejada por el escriba Lubban. Y cuando dice el Evangelista que "estaban también allí, a lo lejos, muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, para cuidar de su asistencia". dice que Elena estaba allí, a la hora de la muerte del Salvador, a lo lejos.

Este es el cuento del niño judío Naím, que parece, a los que no se lo creen, un capítulo de Angelología contado por un esenio.

MEDARDO FRAILE

Telón de Agora

UN SOÑADOR PARA UN PUEBLO
¡VUELVE, PEQUEÑA SHEBA!

A Buero Vallejo un joven interlocutor mío le llamaba hace poco, no estando él delante, don Antonio. Decía asimismo, con leve intención peyorativa, que don Antonio "tenía su público". Creo que estos datos prueban suficientemente, al conocedor de nuestro pueblo, la batalla librada por Antonio Buero Vallejo y su gran importancia. Muchos escritores españoles, en cualquier campo de la literatura, al adquirir el don pierden su público, por aburrimiento de éste, reiteración o *bluf*. El 7 de febrero, dos meses después de su estreno, al que asistimos, *Un soñador para un pueblo* llenaba el teatro y promovía aplausos frecuentes y murmullos detectores de gran interés. Buero Vallejo une a su reconocida calidad un público atento y más numeroso de lo que muchos quieren pensar. El drama actual en España no tiene más que un nombre y una obra que, además, son importantes: los de Antonio Buero Vallejo. Una realidad tan evidente parece obvio intentar demostrarla.

Un soñador para un pueblo es un recordatorio. En este sentido la obra es eminentemente útil. La versión escénica libre del motín de Esquilache—a la par de tantas logradas recreaciones históricas intencionales del teatro de hoy—daba ocasión a Buero de hacer hablar sobre España y los españoles a un extranjero, el siciliano don Leopoldo de Gregorio, y a Carlos III, que no calló en muchas ocasiones, como la reina Amalia, su impresión poco halagüeña sobre este país. El marqués de Esquilache va diciendo con "dolorido sentir" verdades como puños y descubriendo los graves intereses mezquinos de los "grandes", mientras su drama se precipita. Buero mete al pueblo, a una humilde muchacha, en el despacho de Esquilache, en el corazón del marqués. Y en ella, como en otras gentes de buen sentido y pureza, prende la semilla y la alta intención del gobernante. Doña Fernandita—la muchacha—aclara al fin sus ideas y escoge lo mejor. *Un soñador para un pueblo* es esperanzadora y humana, aunque supone, en la evolución social, una lentitud un tanto melancólica. La obra está resuelta con maestría y rara—no en este autor—habilidad. Buero Vallejo es un soñador, como el protagonista de su obra, que sabe su oficio, que sabe de números: de los que necesita este país.

En la interpretación destacan Carlos Lemos, Asunción Sancho, Fernando Guillén y José Sancho Sterling. José Tamayo ha dirigido bien pero, a veces, hay algo de barullo en las entradas y salidas de los personajes al despacho del marqués. Muy bueno el decorado de Emilio Burgos

William Inge, autor afortunado de los guiones de *Picnic* y *Bus Stop* no significa mucho en el panorama teatral norteamericano. Sin embargo en *¡Vuelve, pequeña Sheba!,* que ha puesto Modesto Higueras en el Teatro Nacional de Cámara, se muestra buen autor, con ambición y costumbre.

¡Vuelve, pequeña Sheba! es una obra muy americana por sus situaciones y ambiente. Camina sobre dos espléndidas muletas, Chejov y O'Neill, que quedan de lejos evocados. En Lola Donaley, William Inge hace un acabado estudio del histerismo. Sheba es la perrita que se marchó y no volvió, pero Sheba en aquella casa significaba muchas cosas que se marcharon para siempre. *¡Vuelve, pequeña Sheba!* es una obra de público que podría explotarse mucho más. ¿Qué incompatibilidad hay entre un Teatro de Cámara y Ensayo y la representación diaria de una obra? Estamos de lleno metidos en el tópico de la representación única.

Durante la obra transcurre bastante tiempo; el telón se levanta seis veces. Pero el calendario, en la cocina, muestra al espectador siempre la misma fecha: 2, abril, sábado. Es el único reparo que oponer a una dirección eficaz. José Calvo nos gustó mucho. Mercedes Prendes estuvo muy acertada.

Otros estrenos han sido: *Bobosse,* de André Roussin, adaptación de Alfredo Matas y Jaime Descallars, con una interpretación de extraordinario actor de Adolfo Marsillach. *El amor es un potro desbocado,* de Luis Escobar y Luis Saslawski, comedia agradable a veces sobre los amores del Cid y Doña Jimena, con un final de obra desastroso. *No,* de Joaquín Calvo Sotelo. *Papá se enfada por todo,* de Alfonso Paso. *La feria de Cuernicabra,* de un autor nuevo, Alfredo Mañas. *El rehén,* de Paul Clodel, por "Los Nocturnos" del "Ramiro de Maeztu", dirigidos por Enrique Navarro Ramos. El TEU de Letras y el Colegio Mayor "Santa María de la Almudena", han puesto *El hombre mil,* de Marilés Sánchez Lloréns, dirigidos por Miguel Perpén. *La ciudad que tiene vino en sus piedras,* de Juan Guerrero Zamora, ha sido leída por un grupo de primeros actores en la Tertulia Literaria Hispanoamericana. *Noche en casa del rico,* de Hugo Betty, por el TEU Provincial de Madrid. Director: Juan José Alonso Millán. Y *Un amante en la ciudad,* de Ezio d'Errico, por el grupo "Pigmalión", que dirige Antonio Girau. Las dos últimas dentro del Primer Festival de Teatro de Cámara de Madrid, que se celebra en el teatro Maravillas, y cuya idea—de Gustavo Pérez Puig, espléndida—se ve malograda hasta ahora por falta de calidad. Bien entendido que varios teatros de cámara importantes de Madrid quedan fuera, no sabemos por qué, de este certamen.

M. F.

Crítica de libros

HIJO DE ESTA TIERRA, *Jesús Tomé, C. M. F.* Lírica Hispana, número 180. Caracas, 1958.

La poesía religiosa escrita por sacerdotes no suele cultivar el tono terrible a que nos tienen acostumbrados algunos seglares. Hay una serenidad (lógica por la mayor fuerza de la fe) que, desde el primer momento, nos envuelve y nos llama. En el poeta presente se produce esa llamada de un modo humanísimo, sencillo y verdaderamente humilde, en mayor medida tal vez que tenemos visto. Con sencillez y desnudez. (Adjetivos así se malgastan con frecuencia, ya es sabido.) En este caso la sencillez, incluso cuando el motivo del poema apunta a lo trascendente, y en general apunta ahí, puede originar un cierto desaliño del que me declaro partidario, cuando, como ahora, la expresión lleva carga suficiente y el poeta sabe impresionar y le disculpamos que no se detenga a pulir las piedras de su arroyo.

De primeras, el padre Tomé se enfrenta con la propia ignorancia, anticipa una actitud limpia y a salvo de vacilaciones:

Sabed que si pregunto, no soy hombre
[que duda:
soy un hombre asombrado que ignorara
[su nombre verdadero.
Necesito formarlo con todo lo que existe
y que Dios se me preste para poder lla-
[marme.

De este sentimiento, tan fundamental para entender al poeta, no se abusa. Quiero decir que el libro transcurre todo él con gran pudor y cuido de que cosas tan esenciales no se conviertan de repente en retórico ejercicio. Aparece una tierna idea de Dios, teología aparte:

Pero Dios siempre queda a la reserva:
Vino a sustituir la muerte de mi madre.
Nunca hubiera sabido administrar su
[muerte.

Alineando los motivos de *Hijo de esta tierra* — soledad, tristeza, una suerte de grande orfandad—, se piensa en aquello de convertir lo negativo en positivo:

La tristeza.
Lo que Dios nos queda todavía.

Y otras citas que podría añadir en este sentido, reveladoras de un sentimiento muy vivido, sin apenas más énfasis que el que deviene de una temática ya de por sí impresionante. El padre Tomé sabe llegarnos sin recurrir al método directo y tremebundo. Con armonía. Sus poemas pequeños son, a mi parecer, de lo más logrado que aquí hay, y cuando generaliza se nos pierde un poco, se enneblina entre imágenes de desigual factura. Verdad es que en esta poesía no importa la ausencia de brillanteces, porque ante Dios no se debe estar enjoyado. El padre Tomé, en un tono natural, hondo de sentimiento, dice el rosario de sus cosas lo mismo ante el Doncel de Sigüenza que ante una criatura desvalida.

CONJUROS, *Claudio Rodríguez*. Colección Cantalapiedra. Santander, 1958.

Ancha es Castilla. Y h o n d a. Cuando un poeta se planta en ella, la coloca al fondo, mucha responsabilidad carga sobre sí. Es necesario estar muy seguro de que la visión — directa o indirecta — del mundo tenso y sobrio de la meseta no va a ser repetición. Pero aclaro, no vaya a tomarse contenido por continente: Lo que Claudio Rodríguez acaba de hacer en *Conjuros* es situarse con brío emocionado en su propia tierra, en el clima que orilla el Duero, no para cantar el paisaje y sus hombres, como el Machado de los lentos paseos y los temas del 98 en el pensamiento, sino para explicarse, lanzar desde ahí un ímpetu joven y cordial y como agitado. La meseta es el arranque—los pies muy en tierra—para ir al símbolo, a la categoría, sin que apenas nos demos cuenta del tránsito. Las cosas lanzan; el poeta aquí es un intenso trasvasador de realidades corpóreas a realidades espirituales. Está en Castilla, igual que en los místicos, aunque C. R. no presente ese aspecto, para el vuelo.

La forma de crear, cerca del pueblo intrahistórico, es apasionada, y el verso corto en que corrientemente se apoya da la sensación de escala urgente para llegar a algo, que unas veces es poderoso contraste y otras, casi siempre, superación de lo real sin perderlo de vista. El poeta rompe su soledad para echarse en medio de las gentes entrañables—ese "Baile de Aguedas", tan expresivo—y compartir la vida. No estamos ante una asimilación de formas populares. Claudio Rodríguez tiene su propia manera (y ya es decir bastante en estos tiempos), tiene su procedimiento—acaso excesivamente repetido en este libro—y, ante todo, es lírico. Nada de problemas "sociales", pero cuánto de comunión emocionada con otros hombres. En este nuevo enfoque—poesía barrida de aditamentos—veo lo más esperanzador de quien así escribe. De quien así escribe poniendo en el lenguaje un sabor puro y adecuado, donde la belleza, atravesada de dinamismo y ansia, no se engolfa en demasiados recreos. Justa belleza, justa palabra.

Da no sé qué hablar de técnica; pero hay mucha, muchísima técnica, que se supedita en todo momento a ese tono entre invocatorio, íntimo y de fuerte alentar. "Incidente en los Jerónimos" puede ponerse por muestra de un dominio absoluto de medios para fines. Yo tengo, sin embargo, preferencia por algunos poemas más breves y de distinta estructura. Me parecen tersos, hondos y sencillos, aunque no sean tan personales como los citados.

Otro poeta de Castilla y en Castilla haciendo camino desde lo concreto a lo absoluto. Y este absoluto, catapulta humana, sube desde la llanura y sus conjuros.

SALMOS AL VIENTO, *José Agustín Goytisolo*. Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1958.

Este comentarista crítico se ha extrañado muchas veces de que la sátira ocupe en la literatura contemporánea española tan escaso lugar. Quizá se ha extrañado arrimando, como cada cristiano, el as-

cua a su sardina. La probada influencia de Quevedo se limita a un aspecto de su genio, él, que no sólo fué anfitrión de la sangre y de la pena. De poco tiempo disponemos (todo el mundo se queja), pero lo echamos en lamentaciones, cursilerías, exquisiteces de lenguaje y técnica, mucha técnica. Los poetas están simplemente tristes, ¿qué tendrán los poetas? Este comentarista, poeta también—si no, ¿cómo iba a poder estar tan atento a los libros de los demás?—, siente el deseo ahora de poner aquí, en vez de esta nota, una jubilosa carta a J. A. Goytisolo, en Barcelona, aunque no lo conoce personalmente, porque cuando estaba extrañándose —una vez más—de la espantosa ausencia de gracia y de intención, ha leído ese poema "Los celestiales" que resume el proceso de nuestra poesía en los últimos tiempos. Aquí está la sátira. Lo que se ha dicho y se ha oído tantas veces en privado, puesto en el papel.

Goytisolo no se ha preocupado mucho de exquisiteces, técnicas y redondeamientos. Ha ido a decir cosas interesantes, que se salen del patroncito habitual. Y lo ha conseguido. Lo ha conseguido poniendo la Biblia a la orden del día. Y como en la Biblia está todo, en el libro de Goytisolo, que afortunadamente no tiene una unidad excesivamente encorsetada, alternan el atractivo de la narración—a veces parece prosa—, la sonrisa y el gesto emocionado.

El Señalado está y no está con todos,
estudia, come, igual que los demás,
se fatiga y enferma. Pero luego
conoce y ve las cosas de forma diferente,
vela en las noches, acomete y ama.

El poema "Autobiografía" me recuerda aquello que le decía su profesor a Baroja: "Tú nunca serás nada." Goytisolo tiende a ejemplarizar mediante cuadros de gracia objetiva—no carga la intención demasiado—y logra un libro interesante por haber tenido el acierto de no seguir la corriente.

REBELDÍA, *Arcadio Pardo.* Valladolid, 1957.

Hace algunos años el ausente, callado y buen poeta Eugenio de Nora tuvo el acierto de decir en aquella famosa *Antología consultada* que la poesía moderna era como el cuplé: "ansiedad, angustia y desesperación". Si mal no recuerdo, lo cantaba Machín, ajeno por completo a menesteres líricos. Pues bien, aquel lema tan espeluznante, con música o sin música, sigue cumpliéndose de cuando en cuando al pie de la letra.

La verdad es que quienes, dentro de veinte años, busquen el espíritu de una época y sus hombres en los libros de poesía van a quedar bastante desconsolados, y no sé si podrán explicarse muchas cosas, muchos sentimientos. Después podrá confundirse lo auténtico con lo no auténtico; no va a importar demasiado. Quien mejor lo diga, ése gana, aunque sea un embustero; aunque, mientras habla de angustia, esté pensando que hace bonito aparecer así como asustado y sin salida posible. Es poco distinguido, al parecer, confesarse de buen talante un día o medio satisfecho y escribir versos entonces. Pero ¿qué dirían los otros poetas o los lectores en general? Le pondrían de frívolo para arriba.

Arcadio Pardo ha escrito un libro nada frívolo. Un libro dramático y

tremendo, y en el que puede percibirse bien ese tono tan de nuestros días, o por lo menos, de ayer. A esto se ha llamado *poesía desarraigada:*

Recurrí a la locura. Me inventé los ca-
[minos.
Me creé el infinito y descendí al infierno.
Recogí una cosecha de alacranes y espinos
y me asomé al brocal del muladar eterno.

Todos los elementos y recursos que han ido acumulándose en estos años para dar fe del estado de una generación los encontramos aquí. En este sentido *Rebeldía* es un libro testimonial—otra palabra que también se dice mucho—, crujiente, desolador. Tajante en su forma...

Creé y desbaraté. Todo está hecho.
Quedamos tres: la tierra, yo, el camino,
y arriba la tormenta que amenaza.

Es éste el contundente final de una serie de sonetos en la que Arcadio Pardo demuestra dominar, para sus fines, la forma retórica de estas situaciones. Ya casi al final —es la costumbre—el horizonte se entreabre un poco y aparece el vago deseo de Dios. Es buena manera de terminar. Al fin, la angustia cede en la última página:

Que la corriente arrastre estos despojos.
Vibra en el aire ya la primavera.
Ya no soy yo. Estrangulé la angustia.
Brillan extrañamente las estrellas.

Rebeldía, con final feliz, no dudo que sincero, es un libro típico, correcto y parecido a otros tantos.

JIMÉNEZ MARTOS.



Noticiario

Se ha celebrado la Primera Semana Nicaragüense Rubén Darío, organizada por el señor embajador de Nicaragua, don Manuel F. Zurita. Todos los actos han revestido singular importancia. Las conferencias, en el Instituto de Cultura Hispánica, Ateneo, C. S. de I. C., Radio Nacional y Librería de Afrodisio Aguado, estuvieron a cargo de D. Julián Marías, D. Gregorio Marañón, D. Blas Piñar, D. Luis Morales Oliver, D Guillermo Bustamante, D. Dionisio Gamallo Fierros y D. Eduardo Cepeda Henríquez. Hubo un coloquio en torno a Rubén, presidido por D. José Coronel Urtecho, en el que intervinieron los poetas Leopoldo Panero, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, José María Souvirón, Rafael Morales, José García Nieto y José Hierro. Fué ponente D. Gerardo Diego. Henry Rivas dió un recital de poemas de Rubén. Durante la semana, el Archivo Seminario "Rubén Darío" celebró una exposición iconográfica y documental relacionada con el gran poeta nicaragüense, las librerías de Madrid le dedicaron sus escaparates y en los Centros de Enseñanza Primaria y Superior se explicó el viernes la vida y obra de Rubén Darío, gloria común de América y España.

En la Asociación de Diplomados del Instituto Internacional ha dado un curso el profesor D. Pedro Laín Entralgo, sobre "El encuentro con el prójimo".

Se ha inaugurado Indice-Club con una "Velada Pasternak", lectura de poemas del autor ruso y comentarios por Vicente Gaos.

El Premio "Ciudad de Barcelona" de poesía en español ha sido concedido al P. Jesús Tomé.

En el Ateneo de Madrid se ha celebrado un cursillo sobre "Teatro europeo contemporáneo", con diez lecciones, a cargo de Rafael Benítez Claros.

Meliano Peraile ha obtenido el premio de cuentos de "La Hora".

"Fuentes musicales en América Central y del Sur" ha sido el tema de una conferencia-concierto de Sofía Noel en la Facultad de Letras. Al piano actuó Manuel Angulo.

ÁGORA agradece a todos—diarios, revistas y lectores—, y especialmente a las páginas dominicales de Pedro de Lorenzo en *Arriba*, la atención y acogida que han dispensado a nuestro número anterior, dedicado a San Juan de la Cruz. Agradecemos las opiniones de las cartas y artículos a que ha dado lugar en España e Hispanoamérica, Francia, Italia y Bélgica.

NUEVO VOLUMEN DE LA COLECCION

AGORA:

BORIS PASTERNAK

ANTOLOGIA DE URGENCIA

VERSION DIRECTA DEL RUSO CON UN ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE

GABRIEL AMIAMA Y ANTONIO GOMEZ ALFARO



AGORA / MADRID

ULTIMOS TITULOS DE LA

COLECCION

CANTALAPIEDRA

CARLOS BARRAL.-*Metropolitano.*

JULIO MARURI.- *Antología.*

CONCHA LAGOS.-*La Soledad de siempre.*

MARCELO ARROITA-JAUREGUI.-*Tratado de la pena.*

CLAUDIO RODRIGUEZ.-*Conjuros.*

De inmediata aparición.

MEDARDO FRAILE: *A la luz cambian las cosas.*

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

SERRANILLAS, *Marqués de Santillana*. Bedia. Santander, 1958.
ANTOLOGÍA, *Rafael Morales*. Escelicer. Madrid, 1958.
LA QUEJA EN EL TIEMPO, *Francisco Lucio*. Rubí. Barcelona, 1958.
CUADERNOS DE UN SOLITARIO, *Juan Ruiz Peña*. Burgos, 1958.
ANTOLOGÍA DE POETAS DE ARCOS DE LA FRONTERA, *Antonio y Carlos Murciano*. Alcaraván. Arcos de la Frontera, 1958.
ESTE VERANO, *Jesús Fernández Santos*. Seix Barral. Barcelona, 1958.
TRATADO DE LA PENA, *Marcelo Arroita-Jáuregui*. Cantalapiedra. Santander, 1958.
TODO ASUSTA, *Gloria Fuertes*. Lírica Hispana. Caracas, 1958.
ANGELES DE SIEMPRE, *Carlos Murciano*. Lírica Hispana. Caracas, 1958.
MUNDO NEUTRO, *Mario Newton Filho*. Alrededor de la mesa. Bilbao, 1958.
13 POEMAS A MI SOMBRA, *Pura Vázquez*. Arte. Caracas, 1959.
EL LIBRO Y EL VERSO, *Miguel González Garcés*. Aturuxo. La Coruña, 1958.
ALGO QUEDA EN EL CAMINO, *Tomás González*. Goya. Santa Cruz de Tenerife, 1958.
VUELVE A REIR LA PRIMAVERA, *Diego Sánchez del Real*. Jaén, 1958.
CAMINHOS DE ANGUSTIA, *Francisco Alves da Costa*. Caravela. Lisboa, 1958.
LIBROS INFANTILES Y JUVENILES 1959, I.N.L.E. Madrid, 1959.
EL PUPAS, *Jorge Ferrer-Vidal*. Son Armadans, XXXI. Palma de Mallorca, 1958.
HOMENAJE A JUAN RAMON JIMENEZ. Estudios Americanos. Sevilla, 1958.
DISCURSO AL ALIMÓN SOBRE RUBÉN DARÍO, *Pablo Neruda y Federico García Lorca*. Madrid, 1959.
AL PASAR POR PIEDRALAVES, *Gregorio Serrano*. Piedralaves. Avila, 1958.
DIEZ POETAS TURCOS CONTEMPORANEOS, *Solimán Salóm*. Son Armadans, XXXI. Palma de Mallorca, 1958.
LATITUD DEL AMOR, *Guillermo Gúdel*. Zaragoza, 1959.
CARTAS, *Simón Bolívar*. Revista Nacional de Cultura. Caracas, 1958.
LAS ISLAS Y LOS PUERTOS, *Julio Antonio Gómez*. Zaragoza, 1958.

REVISTAS

REVISTA BOLÍVAR, 50, Bogotá. BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA, VIII, 29, Bogotá. REVISTA NACIONAL DE CULTURA, 128-129, Caracas. REVISTA SHELL, 27-28, Caracas. ACCIÓN UNIVERSITARIA, 4, Medellín. BOLETÍN INFORMATIVO DE LA EMBAJADA DOMINICANA, 9, Madrid. UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 134, Medellín. RENUEVO, enero-junio, La Habana .VÉRTICE, 181, 182, 183, Coimbra. FOLHA DO DOMINGO, 2.274, 2.278, Faro. BOTTEGHE OSCURE, XXII, Roma. ACENTO, 2, 3, Madrid, ÍNDICE, 121, Madrid. GOYA, 26, Madrid. ÍNSULA, 145, 146, Madrid. PUNTA EUROPA, 36, Madrid. NOTICIAS DO BLOQUEIO, 5, Porto. ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, 156, 157, Madrid. CARACOLA, 75, Málaga. UNIVERSIDAD, 6-7, 8, Sevilla. MEDIODÍA, 2, Córdoba. EL COBAYA, 26, 27, Avila. RUMBOS, 129, 130, 131, Barcelona. EL PEZ, 6, 7, Loyola, Azpeitia. VIDA NUEVA, 142, Madrid. PALENQUE EXTREMEÑO, 7, Almendralejo. POESÍA ESPAÑOLA, 72, Madrid. CÁNTICO, 1, La Habana. ESPACIO, 54, Écija. URIEL, 10, Logroño. PIEDRALAVES, 10, 11, Avila. DE BROMAS Y DE VERAS, diciembre, Bilbao. PLEAMAR, 11, Bilbao. ARRECIFE, 6, 7, Cádiz. CUMBRES, enero, Sevilla. LA ESTAFETA LITERARIA, 161, Madrid.


ÁGORA